

La escritora belga Amélie Nothomb decanta su ácido e inquietante estilo en su última novela

▄▄ **MIGUEL LORENCI**

MADRID. Intensas, plenas de matices y suavemente adictivas. Las novelas de Amélie Nothomb (Etterbeek, 1967) se asemejan al mejor chocolate belga. Si kaskiano o felliniano son términos reconocibles para todos, quizá se acuñe el adjetivo nothombiano para definir los inquietantes y sulfúricos mundos de Amélie. La escritora belga los encierra en las mordaces novelas que publica con regularidad helvética. Una al año. Sus adeptos, una legión creciente, tienen ya en las librerías 'El crimen del conde Neville' (Anagrama).

Decanta Nothomb su singular y vitriólico estilo en apenas cien páginas que se leen en un suspiro, plenas de burbujeantes diálogos a caballo entre una partida de pimpón y de ajedrez. Con sus cargas de profundidad y su elegante ironía, en un homenaje explícito al Oscar Wilde de 'El crimen de Lord Arthur Savile', Nothomb vuelve a casar la tragedia griega con el cuento de hadas. Esta vez para ofrecer una inmisericorde visión de la más rancia nobleza belga, en el sentido más literal e innoble de la expresión. Una casta decadente y anacrónica a la que pertenece esta atrabiliaria y constante narradora, amante de la fruta pocha, los sombreros extravagantes, el carmín escarlata y las excelencias del mejor champán.